

Tierra y L

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Caden

Comentario a unos discursos

Ya se han iniciado en la vida parlamentaria los nuevos diputados *socialistas*. La prensa reaccionaria ha comentado el suceso con esa parcialidad ciega, fanática, absurda, que suele usar en todas las cuestiones. La otra prensa que se llama de izquierdas, por el contrario, ha llenado sus columnas de una prosa un tanto insulsa, pero encomiástica, plena de elogios y de loas a los nuevos parlamentarios.

El hecho de haber explicado en el Congreso, con tonos mesurados según unos, radicales según otros, la génesis de la huelga de agosto, ha dado lugar a que alrededor de este debate gire toda la atención del país.

A nosotros nos ha servido este debate también; nos ha alejado más aún de lo que estábamos de izquierdas y derechas. Nos separa de todos un mundo de ideologías que ellos, todos ellos, no comprenderán nunca.

Los reaccionarios han dejado ver al través de esta discusión, de este torneo oratorio, ampuloso y vacío de idealidad, su odio a toda innovación, su enemiga a todo progreso, cuán adversarios son de la verdad, de la razón y de la justicia. Con premeditada intención no muy sana, en los escaños y en la prensa, entre líneas y al través de sus palabras, ha podido observarse la finalidad de reacción y de injusticia que persiguen. Se han mostrado una vez más, tal como son. Insidiosos, insinceros, frívolos, gentes capaces de todas las bajezas y de todos los engaños para continuar triunfando en medio del lodazal del presente orden de cosas, satisfechos de su vida que se asienta sobre una infinidad de mentiras. La mentira económica, la mentira moral, la mentira intelectual.

En defensa de todo ese absurdo tinglado—que tiene que desaparecer forzosamente, si es verdad que la Humanidad se va perfeccionando—es que se han alzado los reaccionarios. Disfrutando algunos hechos, ellos que tan acostumbrados están al disfraz, han pretendido aparecer como defensores de la verdad; en la tribuna y en la prensa, haciendo muecas que algunos pudieron creer un momento que eran gestos altivos, de desinterés y de sinceridad, se han llamado sostenedores de principios elevados, de principios que no estaban en desacuerdo con la verdad y la justicia.

Es tan absurda la sociedad actual que nada de lo que en ella ocurre logra ya asombrarnos.

Por esta razón, el gesto de los reaccionarios, que fueron siempre los que perpetraron las mayores injusticias, no nos extraña.

Hemos leído, al pasar la vista por los periódicos, sus diatribas, y nos hemos dicho interiormente, con una sonrisa de conmiseración en los labios. Pobres gentes. Ven llegar la hora de su desaparición, como colectividad dominante y se defienden, se esfuerzan por no aparecer a los ojos de todos tan malos como fueron; tratan de cubrir sus imperfecciones, las cualidades que más les adornaban y les adornan; es la lucha del que ha vivido rodeado de engaños y ve cercana la hora de las sinceridades.

Los *socialistas* han hablado también.

Dos veces que hemos escrito la palabra *socialistas* ha sido subrayándola. Como alguien pudiera extrañarse de ello explicaremos el porqué. Hasta ahora los nuevos diputados no han hablado todavía como *socialistas*. Aunque se lo hayan llamado, aunque se digan representantes de la colectividad *socialista*, y, en verdad lo sean, todavía no han pronunciado una palabra, entre tantas que han dicho en sus discursos, de la cual se desprenda un hecho, un ejemplo, una lección de *socialismo*.

Aun admitiendo—que no lo admitimos—el *socialismo* parlamentario o reformista, o como quieran llamarle, los diputados que ostentan en el parlamento español la representación de este *socialismo*, aun no han dicho nada que tenga relación con las ideas *socialistas*, así entendidas.

Para no tener que confesar después una

equivocación de esta naturaleza, es que escribimos hoy subrayada la palabra *socialistas*, aplicada a los diputados que dicen serlo.

En los discursos que han pronunciado para explicar y justificar la huelga de agosto, relatando hechos acaecidos durante su transcurso, no hay nada que tenga relación ni de cerca ni de lejos con un programa *socialista*.

Crítica más o menos acertada de la actuación del Gobierno que entonces regía a la nación, bosquejo incompleto de la finalidad del movimiento, frases justas algunas, otras superficiales, pero, en conjunto, ninguna enseñanza.

Se dijera que no conocen las teorías *socialistas*. Porque es inexplicable la manera de hablar que han escogido, la forma de explicarse que han adoptado.

Únicamente un aspecto de aquel movimiento ha quedado claro.

El Gobierno llevó a cabo una represión tremenda; los *socialistas* habían engañado antes a los trabajadores. Las palabras del diputado por Bilbao no pueden ser más convincentes en lo que respecta a esta cuestión.

Dejando al margen esta confesión de parte, olvidando un momento lo que entonces ocurriera,—ya que a nosotros no nos sorprende—atendiéndonos únicamente a lo actual, los discursos de los cinco diputados *socialistas*, ¿encarnan algún principio, alguna teoría, alguna táctica, alguna lección de *socialismo*?

Después de que el proletariado fué engañado, después del combate que con aquel motivo los reaccionarios le hacen, ¿hay alguna enseñanza para él en las palabras que sus diputados han pronunciado?

No.

He aquí una afirmación dolorosa, pero cierta.

Ni aun visto el *socialismo* desde el punto de vista parlamentario,—que ya no es verdadero *socialismo*—ni una frase se desprende de los discursos que en el Congreso han hecho los diputados, que pueda ser considerada como *socialista*.

Ni una palabra que diga de la finalidad de las luchas sociales, ni una frase que recuerde a la masa que les ha votado, como masa *socialista*, ni una cita para un programa posterior encaminado a la emancipación de todo el proletariado.

Los cinco diputados *socialistas* han invocado a la patria. ¿No saben estos señores que la patria en buena doctrina *socialista* no puede ser invocada? La idea de patria se esfuma ante otra más grande. La idea de Humanidad.

En la defensa que han hecho de muchos arcaísmos, los mismos reaccionarios que tanto han gritado, podían estar de acuerdo con ellos. Porque no han sabido elevarse en ninguno de los aspectos que han abarcado en el debate.

Analizando la síntesis de sus discursos puede observarse que están a la misma altura que los demás. Lugares comunes, repeticiones vulgares, frases de relumbrón. Ahondando, nada.

Los reaccionarios combatiendo al proletariado y sus representantes defendiéndolo, según dicen, han terminado en una sola y única finalidad.

En continuar el engaño en que vive, en perpetuar el mal en que se debate.

Por distintos caminos todo va encaminado al mismo fin. A costa de la ignorancia colectiva se eterniza la farsa arriba y la esclavitud abajo. ¡Y no se percata todavía el trabajador del mal que entre todos le hacen!

Van siendo ya demasiadas las falsas interpretaciones que de sus aspiraciones se propagan, y a costa de las cuales se crean leyendas, cuando no se hace alrededor de ellas un ambiente ayuno de idealidad, de elevación, de grandeza.

Los teorizantes del propio campo y los del adversario, cuando hablan del trabajador allí en el parlamento, olvidan todo lo

que sea sinceridad, preocupándose tan sólo de que cunda el engaño de siempre, la eterna incompreensión de hacia donde van, el desconocimiento absoluto de sus necesidades, de sus luchas, de la pobre, triste vida que arrastra.

Sus mismos representantes parecen desconocer todo esto.

El Estado siempre es reaccionario

El Estado, aunque otra cosa creyera en otro tiempo Luis Blanc, aunque otra cosa crean actualmente ciertos socialistas autoritarios, es siempre forzosamente reaccionario.

Es ley que todo organismo se sienta dominado por el espíritu de conservación. Por eso el Estado tiende siempre a conservarse; lucha, como luchamos nosotros mismos cuando se trata de nuestra individualidad, contra las causas que propenden a su destrucción, llegando bien pronto a inmovilizarse, a cristalizarse.

La verdad de hoy no es la verdad de mañana. La ciencia evoluciona, las costumbres se transforman, las ideas se modifican, y tal concepción que apareció como un progreso, conviértese en un momento determinado en un obstáculo para toda nueva evolución; las diligencias, que realizaron un progreso cuando vinieron a sustituir a los peatones, pasaron luego a ser una oposición a los ferrocarriles, cuando los dueños de ellas y la rutina de las masas las opusieron a las locomotoras.

El Estado puede ser progresivo una hora: la hora en que se forma; por ese momento es revolucionario y ha abatido a otro Estado anterior más perjudicial. Pero en cuanto se ve consolidado lucha contra los preteridos que desean restablecer lo derrocado y contra los innovadores que quieren derrocarlo para ir más lejos. Entonces se convierte en retrógrado, y la lucha se hace cruenta entre él y los espíritus apasionados por lo nuevo. A partir de este momento encarna en sí todas las fuerzas de resistencia contra los movimientos de avance.

ALFREDO NAQUET

NOTAS AL MARGEN

Como en el mercado de Calaf

Cuentan las crónicas que un invierno fué tan intenso el frío en el pueblo de Calaf, que hasta se helaron las palabras; y el día del deshielo, que precisamente lo fué también de mercado en la población, fué tan formidable el chorro de palabras que cada uno de los vecinos soltaba por la boca, que aquello fué una inundación de verborrea; excusado decir que debido a este fenómeno jamás visto ni previsto por los que tienen puesta tienda de sabios, nadie logró en Calaf entenderse en aquel día memorable. De ahí proviene el origen de un modismo catalán aplicable a todos los casos en que son muchos los individuos que hablan sin que logren entenderse.

¡Sembla el mercat de Calaf! decimos por estas tierras de Cambones y Ventosas, cuando en una reunión pública o privada se les suelta la lengua a los reunidos, y bien solos o formando coro, se despachan a su gusto y a disgusto del cándido espectador que ha acudido allí para enterarse de algo y concluye por marcharse como el negro del sermón; con los pies fríos y la cabeza... hecha una olla de grillos.

Algo parecido a lo del mercado de Calaf ha ocurrido estos días; los sucesos de agosto, aun tratándose de una época de caldeamiento social y atmosférico, helaron la palabra a unos ciudadanos; y el sol de la amnistía que no ha salido para todos los que esperaban calentarse con sus rayos ha desatado, mejor dicho, ha deshelado la lengua de aquellos que en agosto quedaron convertidos en estatuas de nieve por lo blancos y por lo fríos; y los borbotones de palabras, como en el célebre mercado de la población catalana, han salido con tal ímpetu de bocas *socialistas* y republicanas, que a pesar del ruido que han producido, o precisamente por esto, nosotros, poco entendidos en el deshielo de palabras, nos hemos quedado en a...

nas. No han de faltar por ahí quienes nos tachen de ignorantes. ¡Si lo dicho en el Congreso por los mártires de acta y amnistía está claro como el agua!

Así hablarán los aficionados a la retórica parlamentaria; al jarabe de pico ela-